

El Mundo, 10 de noviembre de 2001 - NUEVA YORK / TESTIGO DIRECTO

Fieles a la paz

El heterodoxo reverendo Billy ha fundado la Iglesia para el Final de los Bombardeos, una de las pocas que llama abiertamente al cese de las hostilidades.

Julio A. Parrado

En esta Iglesia no suenan las campanas, sino la guitarra eléctrica, el piano y los bongos. Los sonos caribeños llaman a la escuálida parroquia de la congregación religiosa más joven de la abatida Gran Manzana. Es la hora de la misa en la heterodoxa Iglesia para el Final de los Bombardeos.

“Señoras y señores, den la calurosa bienvenida a nuestro ilustrísimo Reverendo Billy”. Al irreverente pastor escénico, lo protegen cuatro guardaespaldas militarizados de lentes impermeablemente oscuras. El mismo Billy se ha enfundado una guerrera verde oliva para la misión más arriesgada y antipatriótica del momento: declarar la guerra a la guerra.

El 80% de los estadounidenses acude a misa cada domingo, pero el 90% apoya la ofensiva en Afganistán, y las iglesias tradicionales no llaman abiertamente al cese de los ataques. Pero en la de Billy la tradición es solo una pose. “Griten conmigo: ¡Salam, paz, salam, paz!”. El Reverendo adopta las maneras histriónicas de uno de tantos tele-evangelistas, que estos días apelan a la ira de Dios contra el indefinido maligno que azota Occidente.

Su ejército de paz es reducido pero fervoroso y repite el mantra con ardor. “¡Aleluya!”. Esta es la tercera misión sagrada de Billy. Hace siete años colgó sus hábitos de actor en perpetua lucha contra el hambre y se calzó los de la “comedia y la sátira política” (enseña esta disciplina en una universidad incluso).

El hambre, dice no haberla saciado del todo. Tal vez sí ha colmado su disconformidad ideológica. En 1999 ya emprendió otra batalla de cuestionable interés nacional cuando se lanzó contra la fiebre consumista. Era la época de las vacas gordas, la de las navidades puntocom.

Los ciudadanos desertan este año de los grandes almacenes, aunque eso nada tiene que ver con el mensaje de nuestro reverendo. En el sermón, el pastor radical se confiesa achacoso. Padece de condolencias (en referencia a Condoleezza Rice, la agresiva consejera de Seguridad Nacional). Está triste porque los Altísimos (Dios, Alá y Yavhé) “se comportan como adolescentes y se meten en jaleos por chorradas”.

Billy añade más nombres a la lista de malignos publicada por Bush. En la suya también figura la propaganda informativa, la complacencia de los grandes medios nacionales y la intolerancia de figuras como los reverendos Jerry Falwell y Pat Robertson, que achacaron el ataque a las dos torres a la venganza de Dios contra los inmorales (abortistas, feministas, homosexuales).

No salva de la quema ni al beatificado alcalde Rudolf Giuliani. No le perdona la limpieza llevada a cabo por el Ayuntamiento en Union Square. La policía desmantela periódicamente los grupos de protesta en esta plaza, corazón del pacifismo en Nueva York.

Cuando las vigiliatras eran legales, las televisiones nacionales se veían obligadas a difundir la voz de los disidentes. Por eso esta noche, Billy y su parroquia caminan en procesión de paz hasta Union Square, para rendir homenaje a los miembros del Centro Independiente de Prensa y a los activistas que tratan de convertir la plaza en un altar contra la guerra. Es una marcha por el desierto de las calles. En esta ciudad nadie parece inmutarse por nada de nuevo. Ni siquiera tampoco cuando la policía, que acaba de cortar cuatro manzanas, hace estallar un paquete sospechoso.

Todos están sordos ante el estruendo. En la cabeza del Reverendo Billy sólo retumban las bombas de Afganistán.